

El espejismo especulativo: complicidad y responsabilidad

Eduardo Martínez Hermoso
Miembro del Instituto E. Mounier (Madrid)

1. Especulación, inconsciencia y responsabilidad

Algunas teorías psicológicas nos hablan de un medio que nos rodea e influye constantemente. Se trata del «inconsciente colectivo», algo así como una atmósfera cultural compuesta de conceptualizaciones sobre lo que está bien y lo que está mal, por propuestas de modelos existenciales deseables o indeseables, en definitiva, por una serie de valores que componen los ejes de nuestro mundo, con la peculiaridad de que su acción permanece implícita, oculta a la consciencia de los seres humanos por ella afectados. El individuo realiza su vida en el seno de esta atmósfera; a veces sucumbe completamente a sus provocaciones y se convierte en un ser masificado sin capacidad de autonomía o libertad de criterio alguna. En otras ocasiones el individuo se personaliza ganando la capacidad de elegir lo fundamental de su proyecto humano, aunque siempre contextualizado y en un equilibrio dinámico y una influencia bidireccional respecto a su entorno.

Esta perspectiva psicológica resumida en el concepto de «inconsciente colectivo» nos es útil aunque insuficiente. La recogemos precisamente para resaltar cómo el individuo se sumerge en un sistema social por medio de la asunción de roles y valoraciones, permaneciendo ignorante de la verdadera esencia del mismo y de sus consecuencias tanto para él como para sus semejantes.

Pero este modo de ver las cosas es generoso en exceso con la situación actual de la humani-

dad. Afirma que el desorden criminal que hoy presenciamos en el mundo, cuya máxima expresión es la injusticia Norte-Sur en sus múltiples manifestaciones, se debe a una «inconsciencia colectiva». Asoma aquí el viejo Sócrates y su intelectualismo moral: *si el hombre conoce el bien no puede sino actuar conforme a él*. Y como si de una sombra inevitable se tratase se cierne también San Pablo: *veo lo mejor y lo apruebo pero, sin embargo, hago lo peor*.

Con esta doble cita lo que queremos decir es que el problema de nuestro tiempo (la injusticia y la criminalidad de un mundo impío y cainita) no está originado por una mera inconsciencia, sino por una ceguera específica no meramente referida al ámbito del saber, sino que afecta a los indispensables ámbitos del deber y del querer. Una ceguera que es una sordera frente al requerimiento de mi hermano sufriente. La responsabilidad no es sino la capacidad humana de dar respuesta —desde una libertad atenta— a la llamada (vocación) del otro-hombre. No se trata hoy, en la mayor parte de los casos, de que la gente no sea consciente de los efectos del orden establecido en el que vivimos, sino de un hipócrita mirar a otro lado pues «nunca hemos vivido mejor», «si no es esto, ¿qué será?», «esto es malo pero peor sería lo otro», «hago lo que puedo», «lo demás es utópico», etc. Todos argumentos autojustificativos equivalentes a la respuesta de Caín: «soy acaso yo el guardián de mi hermano», y que, como ella, ocultan un crimen de lesa humanidad.

No se puede descartar que en todos nosotros existe un área de inconsciencia frente a la problemática mundial, pero acto seguido hay que afirmar —como lo hacen los juristas— que *el desconocimiento de una responsabilidad no exime de su observancia*. Si no admitimos este imperativo, cada mañana nos sorprenderemos en el espejo con las manos manchadas de sangre, y con un extraño sabor en la boca mezcla de inconsciencia y sadismo homicida. Algo así le ocurrió al pueblo alemán tras el periodo nazi: todos conocían lo que estaba pasando *a medias*, nadie miraba donde no se debía mirar. Hasta el más inocente de los alemanes pecó del modo más grave, el de omisión. Claro que no había plena consciencia, pero no la había por una previa y consciente contracción de la responsabilidad: los judíos no eran considerados seres humanos, como, *de facto* hoy, los judíos de Israel no reconocen como tales a los palestinos.

2. El Rockefeller que todos deseamos ser

Vivimos en un mundo en el que el concepto socialista de *conciencia de clase* ha desaparecido porque se ha extinguido la conciencia y los contornos de clase se han difuminado, aunque en absoluto han desaparecido.

El pensamiento socialista del siglo xx ha descrito muy bien cómo, en los inicios del capitalismo, de lo que se trataba era de desarraigar al campesinado pobre, de hurtarle sus medios de subsistencia para que acudiera como *mano de obra* al ámbito industrial. Para ello era necesaria la fuerza, a veces de una magnitud física terrible. Pero en la fase actual ya no es necesaria la fuerza para la concurrencia al mercado laboral de los trabajadores; eso ya está asumido. Lo que es imprescindible es la colonización y el dominio de las conciencias pues son la clave de pervivencia de este sistema. Los medios de comunicación, bien llamados de *masas*, se encargan de esta labor y son bien remunerados por ello.

El problema de nuestra actualidad no es que existan personajes como Soros, Gates o Rockefeller, sino que todos deseamos ser como ellos y, tomando como referencia estos arquetipos humanos, estos «santos» ejemplares del sistema, tratamos de construir los ejes de nuestra vida.

Esto se evidencia máximamente cuando uno trata de estudiar los roles que el sistema capitalis-

ta asigna a los agentes que se mueven dentro de él. La pauta de la maximización de beneficios, imprescindible para todos ellos, expresa muy bien cómo la distinción entre Rockefeller y nosotros es, a este respecto, meramente cuantitativa, no cualitativa: deseamos como él aunque puede que nuestras pretensiones sean numéricamente más modestas. Ésta es tan sólo la diferencia entre un pequeño burgués y un gran burgués.

Si nuestra tesis de partida se confirma al observar la economía productiva, al observar la economía financiera es ampliamente corroborada. En este perverso ámbito todos los «participes» (así se denomina técnicamente a los que han entregado sus ahorros a Fondos de Inversión) poseen un solo deseo, la maximización, esta vez exponencial y especulativa al máximo, de sus inversiones.

El individuo que «juega» a la Bolsa pretende índices de rentabilidad superiores a los tipos de interés bancarios (depósitos a plazo fijo) o los ofrecidos por el mismo Estado (bonos del Estado) y, evidentemente, por encima del índice de precios al consumo (IPC) o grado de carestía de la vida. Para este «jugador» no es relevante la información que se refiere a la actividad de las empresas, a sus repercusiones medioambientales o éticas, e incluso llega a no ser relevante la situación económico-productiva real de la empresa a capitalizar. Lo importante es la imagen de confiabilidad y las perspectivas de futuro que logre inducir en el inversionista.

Los mercados financieros referidos a empresas de tecnología punta o medios de comunicación, que hoy vemos nacer en España y tienen una vida aún corta en otros países, son el máximo exponente de lo que estamos describiendo. La «volatilidad», o posibilidad de que un valor o una empresa valgan infinito hoy y mañana cero, que es característica de las empresas citadas, hace que las mismas bolsas recurran a mecanismos de control como las bandas de fluctuación (que se sitúan en parámetros del doble de la magnitud que en los mercados de valores tradicionales). A su vez, estas empresas generan productos no materiales, virtuales (como es el caso de la informática), lo cual hace que la estimación de su viabilidad económica dependa de factores difícilmente objetivables. Todo esto ha permitido que sujetos empresariales construyeran emporios desde una situación económico-productiva de partida bas-

tante deficiente. Es el caso de Bill Gates y de tantos como él.

El fenómeno que acabamos de describir nos introduce de lleno en el núcleo del dinamismo que estamos estudiando: la capacidad del capitalismo, en especial en su vertiente financiera, para introyectarse en las conciencias individuales y poseerlas omnímodamente anegando cualquier atisbo de responsabilidad. Esta efectividad la consigue este capitalismo neoliberal de última generación por medio de la fuerza, no ya física sino moral.

El mecanismo neoliberal tiene su centro vital en la construcción de un fingimiento. La consistencia de este engaño radica en la parcialidad de la verdad que muestra. Este sistema genera una *doxa*, una idolatría. La *doxa* no es, *a priori*, lo absolutamente falso. Etimológicamente, *doxa* significa «apariencia». Pues bien, la *doxa* puede ser veraz y constituir un *icono* (y desvelarnos —*aletheia*— la realidad), o ser falaz y devenir *ídolo* (y suplantar la realidad con un elemento espúreo). En el primer caso la apariencia es un *símbolo* (un ser que une dos ámbitos de modo adecuado) o un *ángel* (un ser mensajero); en el segundo, ella se convierte en un *diablo* (un ser que separa y confunde la realidad con su remedo).

Como dice nuestra sabiduría popular, «las apariencias engañan». En ella encontramos también la certeza de que la mentira más reprobable es la que tiene un poco de verdad, ya que es más creíble y sus efectos son, potencialmente, más nocivos. Coherentemente con esto, la letal y falaz apariencia del neoliberalismo imperante seduce al pueblo con las siguientes manifestaciones idólatras:

- a) una concepción del ser humano como *homo œconomicus* para el que lo único relevante es el tener, y esto en grado superlativo, aun a costa de perder el ser o la dignidad;
- b) un postulado de la infinitud de la riqueza mundial, de tal forma que la acumulación privada de ingentes cantidades de riqueza no implique su expropiación a sus legítimos poseedores;
- c) consecuentemente, una pretendida asepsia ética de la especulación financiera, que acaba en una concepción lúdica («juego» de la bolsa) aplicada a lo máximamente dramático (la pobreza de miles de millones de seres humanos);

- d) la difuminación —en el Norte expropiador— de los contornos de clase por la vía del desmedido deseo de posesión de todos los individuos;
- e) el eufemismo omnímodo —respecto del Sur empobrecido— para calificar su situación, pseudotécnicamente, como *desajustada*, *desequilibrada*, o *en vías de desarrollo*.

3. Frutos de la ira especulativa

La idolatría de nuestro mundo actual posee, frente a lo que pretende la *orto-doxia* dominante, una efectividad criminal de magnitud astronómica, tanto como lo son las cifras que vemos moverse en los mercados financieros cada día (más de varias veces el producto interior bruto anual de un país como Francia). Los efectos de esta ira especulativa que padecemos pueden observarse a nivel macro (estructural) o a nivel micro (personal-comunitario).

En el ámbito macro podemos citar ejemplos paradigmáticos como la especulación sobre el peso en 1994 (que causó la crisis más aguda de la historia de México y su dependencia financiera absoluta respecto de USA), o la especulación de George Soros contra la libra esterlina (de la que él ha presumido para acrecentar su prestigio como *broker*) que provocó su salida del antiguo sistema monetario europeo. Las crisis que provocaron tales fenómenos —sobre todo en el caso mexicano— determinaron un incremento del endeudamiento y unas políticas de «ajuste» (es decir, de restablecimiento de un cierto equilibrio en el desorden establecido, que algún abusón había decantado temporalmente a su favor) cuyos auténticos frutos eran la castración de las vías de desarrollo real de dicho país (educación, sanidad, inversión en sectores productivos, etc.).

Para analizar el ámbito micro podemos dedicarnos a observar las arrugas del hombre posmoderno, ahora inversionista financiero. En él encontramos egoísmo, cortoplacismo, materialismo, problemas de relación sincera con otros seres humanos, estrés, problemas de identidad, idiotismo ético... En una palabra, el rostro idólatra, diabólico y cainita, del que se ha escondido de Dios para evitar el reproche por el asesinato de su hermano; o del que asesina a Dios Padre para evitar que al otro-hombre, a ese que él llama *muerto de hambre*, *sudaca*, *moro*, se le pueda tener por hermano.